

Cuarenta Naipes
Revista de Cultura y Literatura

Mi homosexualidad vuela como pájaro herido

My homosexuality flies like a wounded bird

Alejandro Modarelli¹

Resumen

El modelo anterior de interacción homosexual y deseo (marica / chongo) fue reemplazado en Latinoamérica por un modelo importado desde Estados Unidos a partir de finales de la década de 1970: una supuesta "igualdad" entre pares que, sin embargo, no hizo desaparecer las contradicciones propias del neoliberalismo, en que coexisten una supuesta aceptación con nuevas formas de condena y homofobia. En un ensayo autobiográfico, A. Modarelli propone que, frente a las "neolocas", los representantes del régimen anterior de homosexualidad todavía pueden ser modelos en una pedagogía de la identidad de la diferencia.

Palabras Claves: homosexualidad; identidad; neoloca; neoliberalismo; diferencia.

Abstract

The former structure of homosexual interaction and desire (queen / hustler) gave way in Latin America to a model imported from the United States toward the end of the 1970s: an "equality" among peers which, nevertheless, failed to erase the contradictions inherent in a neoliberal regime, where superficial tolerance coexists with novel forms of homophobia and hate. In an autobiographical essay, A. Modarelli claims that, against the "new queen" model, the representatives of the former homosexual regime still can provide models of resistance by outlining a pedagogy of identity and difference.

Key words: homosexuality; identity ; "neo-queen"; neoliberalism; difference

Se trataba, mi diferencia homosexual, de otro régimen relacional que fisuraba el orden simbólico; el universal inapelable. Desestabilizaba el orden represivo porque, una vez desplegada su supuesta amenaza contranatura, ardía la escena hétero y aparecían las reacciones paranoicas. Nada era ya "como si nada". Porque las locas éramos, para el sentido común hiposexual, pervertidas y pervertidoras -yo disfruto esos términos, más

¹ Escritor, periodista y colaborador en el Suplemento *Soy* del diario Página 12. Es autor de *Rosa Prepucio -crónicas de sodomía, amor y bigudí* (Mansalva 2011) y *La noche del mundo* (Mansalva 2016, crónicas) y coautor de *Fiestas baños y exilios, los gays porteños en la última dictadura* (Sudamericana 2001).

honestos que cualquier otro de la nomenclatura clínica policial- deseadas y deseosas en el paisaje masculinista donde habíamos aprendido a encantar braguetas.

Confieso que extraño el filo de aquella diferencia abyecta, caída desde hace años en desgracia bajo el imperio de lo gay ana-globalizado y de las nuevas teorías identitarias. ¿Sufro por ese universo agónico y agonizante? Claro, pero sobre el dolor se funda una nueva picaresca de la loca. La memoria me atraviesa pero las tretas en busca del tesoro perdido (aunque lo está desde siempre, como todo paraíso) se disparan airosas sobre el mapa yerto -la cartografía se modifica- y mientras se llora sobre tanta leche derramada en la Sodoma portátil, una se agencia cada tanto a un chongo.

Construcción libidinal sodomí, aquella que evoco e invoco, que reinaba sobre cualquier otra. Diré, por lo pronto, que esa, nuestra manera particular de vincularnos sexualmente, no se producía entre pares ni mucho menos entre dobles: se daba entre opuestos; entre la marica y el chongo; transitaba entre edades y cuerpos dispares. Su reino se levantaba bajo los puentes, en los cines condicionados, en los baños de estación ferroviaria. Siempre en el cruce de miradas que “se entendían a priori” o se fulminaban, en la fantasía de encontrar al Hombre Verdadero, y a veces en un juego excitante con la muerte, pero conociendo de antemano los códigos de levante y los peligros. El chongo era un instrumento de nuestro deseo que, si viraba el cuerpo para ponerse boca abajo, era de inmediato expulsado del teatro marica o, al menos, servía apenas para relatos de humor al día siguiente, en la sobremesa de las amigas: “había que darlo vuelta al chongo con una espátula”.

Por supuesto, existían en ese cortejo las preferencias estéticas y una se negaba a sentir que la pose y la actitud de macho podían ser una estafa. Pero no era habitual un

adelanto sumario de exigencias, al modo de las aplicaciones sociales de la web. Por lo tanto, había espacio para la creación y para el error como escalón de una pedagogía de la sexualidad y la identidad. Se buscaba el efecto soñado de un objeto sobre la base de aquellas lecturas del imaginario viril (el mito del macho irreversible) y no de acuerdo con un catálogo virtual de selección y descarte. Tampoco había triunfado en el lenguaje de la homosexualidad popular el manifiesto político contra la ortodoxia de las posiciones en el coito. No había un fifty-fifty de roles. Se hablaba de pasivas y de activos, no existía una promoción de los iguales. Cada uno en lo suyo, creaba al otro. Todavía hoy en Chile a la versatilidad se la nombra “modernidad”: los versátiles son los modernos. Nosotras, en cambio, somos pájaras del antiguo régimen.

Por lo tanto, entre los regímenes homosexuales hay un corte histórico que Néstor Perlongher en *La desaparición de la homosexualidad* ubica en el triunfo del modelo vincular de la liberación homosexual anglosajona y el éxodo a San Francisco en los '70 (Perlongher 1997). Democratización del coito, “en este movimiento había un impulso a la igualdad, vale decir que evitábamos adoptar una posición fija en el sexo: o penetrar o ser penetrado. Esencialmente, 'si vos me penetrás, yo también te penetro'. Para muchos el Gay Liberation inglés se trataba de no privilegiar ni lo masculino ni lo femenino”, escribe, en esa misma perspectiva, Roberto Echavarren en el posfacio de *Rosa Prepucio* (Modarelli, 2011).

En el auge de la fiesta de aquellos años sobreviene la epidemia del Sida y, con ella, el secreto que recubría la homosexualidad se dispersa. Ya nadie deja de enterarse “de qué va la cosa”. El activismo gay lésbico prolifera en las pantallas planetarias; se generan preguntas, confesiones, salidas del closet inmunitario, solidaridad entre los enfermos y

reclamos de presupuesto de prevención y atención al Estado. La epidemia viralizaba el secreto, y una vez que se cayeron o, mejor, menguaron los efectos del cataclismo, se acreditó otro tipo de conciencia sobre los propios derechos jamás antes enunciados; una nueva ciudadanía que irá escalonando los objetivos jurídicos. No por azar la mayor organización lgtbi luego de la Comunidad Homosexual Argentina (se fundó en 1991 con varios de sus miembros) se llamó Gays por los Derechos Civiles.

En las últimas décadas, la incorporación de las nuevas generaciones homos a la ciudad democrática, a la visibilidad mediática y las formas jurídicas, ha estado convirtiendo, poco a poco, la antigua fisura producida en el significante totalitario llamado “sexualidad normal” en una opción sexual, un significante más entre otros. Y, dentro de la opción, todo un catálogo de subespecies dignas de ser incorporadas como nicho al mercado rosa. Es fundamental señalar -no me dejen equivocar- que existen centro y periferia, barrio alto y barrio bajo, concretos y conceptuales, y es en ese extramuros donde el programa lgtbi caucásico no cala del mismo modo que en los centros urbanos de clase media y alta.²

En la escena homosexual actual coexisten la vieja marica estigmatizada y el gay de los derechos civiles, y ese gay al que se me ocurre llamar la neoloca de género fluido. Todas convivimos, unas con el privilegio de lo nuevo, otras con cierta melancolía por lo ido y a veces mediante artilugios de vieja cazadora que confirma el dicho “la suerte de la fea...”.

² Resulta interesante recordar la película de José Celestino Campusano, *Vil romance* (2008), una tragedia shakespereana del conurbano bonaerense, en la que la muerte se desata a causa de un vínculo sexual y amoroso obsesivo de parte de un chongo maduro enamorado de una marica joven, a la vieja usanza. La irrupción de un gay español de última generación viene a partir ese vínculo añejo como en un gesto colonizador por parte del nuevo modelo internacional vencedor.

Es que, sobre el ambiente de lo idéntico (el narcisismo mórbido) se hace justicia a la loca en su lecho de desaparición: por más que se haya decretado la muerte de la pluma en pos del macho cero ambiente, que busca otro macho cero ambiente (el número cero anuncia acá el nacimiento de un otro ambiente pero virtual, el de las redes sociales), hay una recuperación mítica. La loca es evocada sin caer en su antiguo estilo; la performance hoy se hace más compleja porque, como en Conchita Wurst, el cuerpo se hace teatro de operaciones más afín a las nuevas teorías postidentitarias que a una necesidad de convertirlo en señal para identificarse entre pares o para cazar presas masculinas heterosexuales, esos fulgurantes estallidos seminales de paso.

La neoloca no busca exclusivamente su opuesto, como nosotras las antecesoras. Intrigadas por esas pendejas manflor-hirsutas, sin embargo, hemos perdido en la cartografía urbana el lugar privilegiado de prácticas del deseo. Como proclama Ernesto Meccia en *Los últimos homosexuales*, el norte nos quedó definitivamente lejos; el “saber moverse” en un contexto callejero -que nos hacía pedagogas de las más jóvenes- se fue perdiendo junto con los lugares de encuentro sexual, la aventura urbana y el reemplazo de sus amenazas (Meccia, 2016). Ya las carajitas, como dicen los venezolanos, no nos necesitan, porque nuestros saberes perimieron. No las golpea, ahora, un chongo de masculinidad aturdida, que se levanta en un matorral, sino un grupo de jóvenes, de su misma edad, que se afirman destrozando cuerpos: su pertenencia a una identidad sexual y cultural es para ellos prestigiosa. Las mariquitas de hoy caen víctimas de la violencia generalizada, producto de un malestar insoportable dentro del capitalismo tardío, una desazón por los dioses fugados y los nuevos Amos obscenos que se apoderaron de los dominios culturales, donde la figura del chivo expiatorio funciona por reemplazos en medio de crisis de jerarquías y dobles

miméticos. Hace años parecía más claro: nos atacaban, desde instituciones y en mano de criminales, por representar una amenaza contra la cohesión social. Por un odio específico. Hoy, en cambio, las llamadas manadas nos tienen entre sus objetivos porque buscan la ilusión de retomar el control de sí mismos para soñar con poner la casa en orden (vencer) en un mundo inhabitable.

La reaparición fantasmática del homosexual

La persistencia de incidentes y crímenes de odio fuerza la pregunta sobre el verdadero caudal de aceptación social de la homosexualidad. Si antes se erguía todo un aparato institucional y uno clandestino, desde la policía y los medios de comunicación al juez, en apoyo de quienes nos mataban -por considerar que la víctima de nuestros desvíos era la entera sociedad organizada- al menos hoy la presión expansiva del activismo exige respuestas y condenas judiciales; y muchas veces lo consigue.

Contra la homosexualidad que cree ya poder vivirse sin estigmas, se amontonan aún residuos culturales. Un ejemplo es la escena de aquellos muchachos de clase alta que hirieron a dos besucones en una fiesta mixta, uno de los cuales pronto se convirtió en funcionario, porque el Estado neoliberal esgrime lo correcto bajo la denominación de diversidad, mientras aplica políticas de exclusión valiéndose de lo incorrecto bajo el término de mercado. Otra, la violencia de los revirados despojados de todo que “con su bronca pincheta y el machismo homofóbico como indefensión de clase, devalúan el celebrado arte del crimen: hoy atacan el lujo inalcanzable de las cuatro por cuatro que pasan cerca de su miseria, pero mañana muerden la mano de las maricas viejas que eran su consuelo alimentario” (Modarelli, 2011).

Por tanto, la homosexualidad no parece ser, todavía, “una opción más entre las otras”; no, al menos, una más. La violencia persiste junto al celebrado consumo lgtbi y el cartel de una estación de subte con el nombre de Carlos Jáuregui. Siempre queda un resto inasimilable en la cascoteada subjetividad edípica, y esto sigue produciendo violencia al interpelar el viejo drama burgués freudiano en las clases medias y altas urbanas (salió un puto en la familia y es conducido al diván para que se dictamine la verdad de su deseo).³ La hermenéutica bíblica -léase sobre todo los nuevos evangelismos pentecostales- trastorna, también, los lazos afectivos, sobre todo en quienes encontraron en la religión una respuesta a la amenaza del entorno. Es decir, en ambos casos seguimos a menudo siendo una mala noticia que asoma en el paisaje tradicional del “padre de la razón”, que no obstante se va derrumbando en su trono, provocando reacciones paranoicas y criminales por parte de quienes se ven perdidos en ese laberinto metafísico.

Mientras el mundo se vuelve capital del infierno de mercado, pues, se incrementan los crímenes odiantes contra las personas homosexuales. Si la casa sobre la que se armó el inconsciente colectivo tambalea, los fantasmas de la culpa y los culpables proliferan como chivos expiatorios. El malestar atraviesa todas las clases sociales. En los escombros surgen los demonios y el deseo de aniquilar el mundo tal y como es leído por las subjetividades desastradas. Acaso, en la violencia, que genera la condena social, unas veces más que otras, se quiera reencontrar otro mundo posible, un universo sellado. Es decir, en busca de ese paraíso el objeto a exterminar podría ser tranquilamente sustituible por el agresor, siempre

³ Me parece útil señalar el derrotero del ex subsecretario de la Juventud del gobierno de Mauricio Macri, Pedro Robledo, llegado a la fama por un ataque homofóbico en una fiesta de su propio medio social burgués, por parte de pares, y recuperado para la función pública del macrismo en un gesto de publicitada inclusión de la diversidad, mientras, a la vez, el mismo gobierno no reglamentaba la ley de cupo trans, que atañe dentro de las poblaciones lgtbi al colectivo más desamparado y mayoritariamente pobre.

y cuando se trate de un objeto sacrificiable. El objeto sacrificiable es designado por una voz paranoide, que es el afuera en el adentro, y se sueña como voz de la razón.

Lo cierto es que la homosexualidad -incluso la que trocó pluma por rugby- sigue produciendo eclosiones microfascistas bajo nuevas vestimentas; ya no solo sobre las que escribió hace décadas Néstor Perlongher en *Matan a una marica*, cuando algo como el matrimonio igualitario era impensable (Perlongher 1997). El espectro ya no se cerrará ahora entre el taxi boy y la loca; se va ampliando en el cuerpo social al mismo tiempo que los derechos, la permisividad y una nueva manera de incorporarnos al paisaje mediático y por tanto a la cultura. Esa pasión por abolirnos ya no encuentra fácilmente, en simultáneo, complicidad en los códigos penales ni, como dije antes, silencio en los discursos institucionales sobre derechos humanos. Una víctima de pronto es llamado a la función pública. La “justicia por mano propia” contra los homosexuales (cuando se mata a una marica se cuela el viejo refrán de “quien mata a un ladrón...”, escribe Perlongher en 1985) ya no tiene buena prensa. Hasta la Iglesia hoy hace malabarismos para simular mantener la doble condena: la homosexualidad y la homofobia.

De ser citado por la lengua de la injuria a buscar un lenguaje nuevo para mi diferencia

Otra lengua se vuelve necesaria para comprender la corporalidad de las locas disfuncionales; de ellas que, como yo, siguen glorificando la falta en un deseo que nunca (se) satisface del todo, que traza la marca de lo inalcanzable, para dejarlo vivo y dejarnos vivas, como apenas en una eyaculación precoz. O, mejor, en la esplendente promesa fallida del amor cortés. El chongo que nos halaga como princesas saurias que nunca serán

coronadas por una vida en común, o nos mal ama o, en ese juego intermitente entre deseo y muerte, en un descuido, nos mata. Como en el poema de Néstor Perlongher: le abrimos la puerta al monstruo. O, mejor dicho, le abríamos. Y ahora debemos desaprender lo que con tanta identificación fraguamos en nuestras trayectorias de vida. Nos despedimos de espalda, dejando detrás un universo rico como abanico barroco abierto. Pero no es al entierro donde nos dirigimos, sino al duelo, y una vez consumado este, a encontrar una nueva lengua donde habitarnos. Perder es hacer visible el lugar de otra búsqueda. Las locas que seducen son aquellas que no han maniatado el deseo en un zanjón, sino las que van tejiendo tretas novedosas, en medio de la emergencia de las nuevas tecnologías y en el descubrimiento de un arte, una *techné* sobre el propio cuerpo, que puede resultar encanto una vez que el tiempo ya nos ha despojado de todo lo que ahora tenemos que aprender a perder.

¿En qué lugar nos deja la historia, a medida de que la virtualidad de los encuentros separó locas y aventura, locas y sorpresa, para sobrecodificar como en una góndola los cuerpos en busca de placeres? Si el tiempo y los cambios epocales me nominan como un homosexual roto, pues será cuestión de entender que, en el presente narcisista, la sexualidad misma se ha roto y busca los fragmentos. Busca fuera de los espacios donde ha sido confinada por su conversión en mercadotecnia. Busca salirse hacia un dominio en el que la borradura de la diferencia no convierta el ambiente lgtbi en una localidad desolada, como esa que hizo sufrir a Reinaldo Arenas en su exilio neoyorquino, antes de que el modelo gay igualitarista ganase la batalla contra las homosexualidades populares en América Latina (Arenas 1992).

Las locas no quedamos como sujetos de descarte sino como un bienpreciado, testimonios vibrantes de cómo desujetarse, un programa de reinvento sobre la tierra de los

narcisismos extremos, de los *twin boy-friends*, cuando la herencia cultural nos aleja a los unos de los otros, y a nosotros de uno mismo. Destino de dioses solitarios, el de los ámbitos modernos sodomíes. Hay que decapitarlos.

Aunque decidí al principio hablar sobre ella en tiempo pasado, esa (mi) diferencia persiste hoy como una incisión. Se apaga, eso sí, a medida de que se enciende el gigante universo de aplicaciones de encuentros sexuales en el universo virtual. Así, mi homosexualidad callejera y sudaca cae como un pájaro herido, creando espejuelos sobre la leche derramada. Espejuelos que la nostalgia creativa vuelve, sin embargo y de pronto, campo fértil y de nuevos aprendizajes para la supervivencia del deseo. Es lo que trato aquí de hacer legibles como narradora del modelo perimido.

Bibliografía

Arenas, R. (1992). *Antes que anochezca*. Barcelona: Tusquets.

Meccia, E. (2016). *El tiempo no para. Los últimos homosexuales cuentan su historia*. Buenos Aires: Eudeba.

Modarelli, A. (2011). Posfacio a *Rosa prepucio*. *Crónicas de sodomía, amor y bigudí*. Buenos Aires: Mansalva.

Modarelli, A. (2011) “El amargo retiro de la Betty Boop. Un tango de los viejos baños”. *Rosa prepucio. Crónicas de sodomía, amor y bigudí*. Buenos Aires: Mansalva.

Perlongher, N. (199) “La desaparición de la homosexualidad”, en *Prosa plebeya. Ensayos 1980-1982*. Buenos Aires: Colihue.